



EDITORIAL

...auténticamente humanos

TESTIMONIO se ha dado con este número de la revista un objetivo importante y ambicioso: articular y presentar una forma de vida consagrada que sea germen y propuesta de una humanidad alternativa en relación con la realidad cultural en la que vivimos. Con los trabajos que presentamos se ha hecho un esfuerzo para alcanzar esa meta, pero nos hemos quedado cortos.

Ser más auténticamente humanos es condición indispensable para poder ofrecer esta alternativa a nosotros mismos y a los integrantes de la sociedad en la que estamos. Una alternativa que no es ni ha sido en el pasado de libro, sino una verdadera forma de vida ya que “creer en algo y no vivirlo es deshonesto” (M. Gandhi). Las cosas solo se entienden bien cuando se encarnan. Cuando nacen de un verdadero “genio” de humanidad y de gracia.

No hay duda que la vida consagrada en sus mejores tiempos ha estado hecha a la medida de lo más auténticamente humano. Más aún, en sus momentos “top” y fuertes ha sabido mostrar cómo ofrecer y encarnar una alternativa que provoque un cambio cultural significativo a todo nivel y en todas las dimensiones de la existencia. En este intento han tenido éxito los religiosos cuando han vivido el Evangelio “sin glosa”, y esa realidad, ese vino nuevo se ha convertido en odres nuevos en los que han volcado las grandes y mejores aspiraciones y deseos de los seres humanos que andaban por los caminos de la historia. Así han ido surgiendo con el pasar de los tiempos las nuevas formas de vida consagrada que se han fraguado y engendrado en el laboratorio del Espíritu y de las semillas del Verbo que se encuentran en la realidad sociocultural de cada momento de la historia. Cuando eso ha ocurrido se ha escrito que la vida consagrada se ha convertido “en laboratorio de humanidad renovada”.

Pero estas nuevas formas de vida consagrada en las que el hombre y la mujer de nuestros días fijarían su mirada y algunos querrían vivir, solo las pueden describir y presentar quienes las asumen con vigor interior y fuerza creativa, y bien podemos decir que a esa meta llegan pocos. Para hacerlo precisan ponerse a la escucha de Jesús de Nazaret que acertó a dejar a las personas puestas junto al Padre y al Padre puesto junto a las cotidianas realidades de los hombres y mujeres que quieren y necesitan pasar de la religión a la humanidad, de la dureza a la ternura, de la oscuridad a la luz, de la tensión que paraliza a la propuesta que encauza y hace fecunda la vida y la multiplica. Solo lo consiguen quienes con una auténtica pasión por la humanidad buscan el bien, la verdad y la belleza y aceptan que a veces se equivocan y precisan ser provocados y desafiados. En una palabra, necesitamos descubrir y ser acompañados en esta búsqueda de personas grávidas de Dios y apasionadas por la humanidad de Jesús y capaces de liberar el fondo de bondad y de verdad del ser humano.

De ofrecer una propuesta se trata en este número. Entrega elementos para conseguirlo. Deja con una inquietud grande. Para que el hombre y la mujer de la calle puedan descubrir en los religiosos una respuesta y un modo de vida alternativo necesitamos la fuerza de la inspiración, tomar conciencia aún más fuerte del desconcierto ambiental, abrir los ojos ante el fuerte deseo de otra realidad, gustar la vida y llegar al fondo de las cosas y dar nombre y expresión a lo que se está buscando sabiendo que, como nos dice el dicho africano, “en el bosque cuando las ramas se pelean, las raíces se abrazan”. Hasta esa profundidad hay que llegar. La que da el Evangelio y una refinada afinidad con la cultura de nuestro tiempo.

No debemos dejar el mundo y nuestra sociedad en la zona de lo opaco, lo mediocre, lo indiferente y el vacío. Es urgente proponer un modelo cultural. La capacidad de mística y de profecía de la vida religiosa le da autoridad moral para hacer este aporte. Aporte que no lo hacen los calculadores y oportunistas; pertenece y procede “de la imprudencia, típica del místico que conduce la historia” (P. Casaldáliga).

Y este intento es de vida o muerte. Nos hará significativos y fecundos, que no lo somos. No hay duda que la vitalidad de los grupos es más importante que la supervivencia de los mismos. Y esa revitalización es la que estamos buscando. Nos anima en esta tarea la palabra de San Clemente de Alejandría: “Nuestra vida debe ser una primavera porque tenemos en nosotros la Verdad que nunca nos hace envejecer”.

TESTIMONIO quiere, con este número, abrir una reflexión que nos permita llegar a formular esta alternativa que es propuesta de vida y que nace del acervo de experiencia de humanidad que tiene la vida religiosa.